

Los retos de la política exterior colombiana en el segundo gobierno de Juan Manuel Santos

Entrevista a Sandra Borda
Profesora asociada de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
Universidad de los Andes

Por Daniela Escobar Lozano
Estudiante de Ciencia Política con énfasis en Relaciones Internacionales
(daniela.escobar3@correo.icesi.edu.co)



Daniela Escobar Lozano (DEL): ¿Cuáles considera usted que son los principales retos de la política internacional para el segundo mandato del presidente Juan Manuel Santos?

Sandra Borda (SB): Lo que ha realizado la administración de Santos es básicamente intentar construir un proyecto de inserción internacional de Colombia, el cual es fundamentalmente distinto a los proyectos de inserción que se intentaron en el pasado. Años atrás, bajo el mandato de Uribe Vélez, lo que se buscaba era utilizar la política exterior para conseguir objetivos domésti-

cos relacionados con la lucha contra las drogas o la lucha contra la insurgencia armada, y cosas de esta naturaleza. En esta estrategia se utilizaba la táctica de presentar al país como un lugar en donde convergían muchos de los problemas más graves del sistema internacional. La administración de Samper definió a Colombia en una ocasión como “el ojo del huracán”, el lugar en donde hay violación en los derechos humanos, narcotráfico, conflicto, y todo esto con el objetivo de llamar la atención de la comunidad internacional, para que ayudara al gobierno colombiano a pelear todas

“El gran desafío que va a enfrentar la administración de Santos hacia el futuro, va a ser cumplir con la promesa de convertir a Colombia en un país de renta media, con un nivel de seguridad relativamente estable, y así poder clasificar en las grandes ligas que el presidente Santos desea para el país”

estas guerras a través de la cooperación militar, por ejemplo.

El proyecto actual, es un proyecto fundamentalmente distinto, que busca borrar rápidamente las huellas que dejaron esos intentos anteriores de jugar con una imagen negativa del país para atraer la atención de la comunidad internacional. Lo que Santos intenta ahora es hacer exactamente lo opuesto: vender a Colombia en el sistema internacional como un país que ha superado todos esos problemas, y que cuenta con las condiciones necesarias para hacer parte de unas ligas distintas del sistema internacional.

Hay otras decisiones en materia de política exterior que van exactamente en esa dirección. Habiendo propuesto ese objetivo, creo que el gran desafío que va a enfrentar la administración de Santos hacia el futuro, va a ser cumplir con la promesa de convertir a Colombia en un país de renta media, con un nivel de seguridad relativamente estable, y así poder clasificar en las grandes ligas que el presidente Santos desea para el país. Digo que no es fácil de lograr, en la medida en que para desvanecer la imagen anterior, es preciso que el conflicto armado se termine definitivamente, y que

Colombia deje de ser percibida en el sistema internacional como un país exportador de drogas y de inseguridad. De tal forma que nos podemos ver enfrentados durante esta segunda administración a una gran decepción después de una promesa gigantesca, que ni Santos, ni nadie están en condiciones de cumplir, porque uno no borra “de un solo plumazo” el proceso de haberse construido en un país narcotraficante durante tantas décadas.

DEL: ¿Creería usted que la urgencia de financiar el proceso de paz que se está realizando en la Habana, va a hacer que se recurra nuevamente al apoyo de Estado Unidos y a plantearse la misericordia mundial?

SB: Aquí hay que tener en cuenta varios elementos si es que el proceso de construir y de consolidar la cooperación internacional para un escenario de posconflicto, es un proceso que, en el caso de Colombia, va a ser sustancialmente distinto al resto de los casos que conocemos. Estoy pensando en El Salvador y en Guatemala, en donde las guerras dejaron al Estado en una situación completamente deplorable en que la comunidad internacional, y particularmente las Naciones Unidas, tuvieron que ir a

ambos países básicamente a construir un estado desde cero, porque ya no quedaba legitimidad, gobernabilidad, o instituciones. Ese no es el caso de Colombia. Para describirlo mejor, Colombia no es un Estado fallido. No es un Estado al que vayan a tener que venir las organizaciones internacionales a construir el poder judicial, ni mucho menos. En esa medida, creo que una muy buena parte del proceso de construcción de paz posterior a la firma del acuerdo de paz, va a ser un proceso que va a correr en su mayoría por nuestra cuenta, por cuenta de nuestro propio Estado.

Adicionalmente hay que sumarle que hay un nivel de fatiga sustancial de la comunidad internacional frente al caso colombiano. Creo que el último pico grande de esperanza que tuvo la comunidad internacional en el proceso de paz del país, fue en los tiempos del Caguán, y ya sabemos lo mal que eso terminó. Entonces no hay en este momento un nivel de interés, ni estratégico, ni de otro tipo en Colombia que obligue a la comunidad internacional, a que preste una ayuda fuera de muchas proporciones; entonces, en la medida en que el Estado es uno fuerte y que la comunidad internacional no está pres-

tándole tantísima atención a esto, los problemas estratégicos y los problemas de seguridad internacional están en otra parte muy lejos de este hemisferio. Creo que la adquisición de los recursos va a ser supremamente difícil para el gobierno colombiano, y creo que aquí lo que vamos a empezar que tener que hacer es a buscar los recursos adentro, a través de cargas impositivas distintas, y a través de esfuerzos locales.

DEL: ¿Por qué cree usted que éste proceso ha sido tan extenso, e incluso ha llegado a superar las previsiones que el mismo gobierno había propuesto?

SB: El error que se cometió inicialmente fue haber prometido que este proceso de paz iba a ser “un proceso express”, que las FARC se encontraban en tal situación de debilidad que el gobierno iba a estar en condiciones bastantes holgadas de presionar a las FARC para que firmaran algo rápido, y que no se enredaran demasiado. Obviamente esta promesa no se cumplió porque el equilibrio de fuerzas entre las FARC y el estado se alteró sustancialmente, debido a la implementación de la política de la Seguridad Democrática, pero no suficientemente como para que

las FARC eviten tratar de alargar el proceso en la mayor medida. Lo que da la sensación de que el proceso ha durado demasiado, fue justamente la promesa del gobierno, que insisto, no fue realista en cuanto a su duración. Lo digo porque si ustedes comparan la duración del proceso de paz en lo que va, con la duración de procesos paz en otros lugares en Centroamérica y del mundo, estamos temporalmente muy bien. El promedio de las negociaciones es entre seis y nueve años, y nosotros no llevamos sino dos negociando, y ahí hay que tener en cuenta que lo que estamos negociando es la finalización de un conflicto que ha durado ya varias décadas; entonces sacando de la ecuación la promesa incumplida del gobierno, yo creo que todavía no hay razón para preocuparse por el tiempo que se ha tomado.

DEL: ¿Considera usted que la legalización es la salida para eliminar los incentivos del lucroso negocio de la droga?

SB: No, yo no soy una gran amiga de la legalización como la solución para el problema de las drogas, porque creo que no es una salida realista, porque creo que lo que exige la legalización es cambiar de sopetón un régimen interna-

cional antidrogas y prohibicionista que no va a ser tan fácil de cambiar. Si uno mira la transformación que ha sufrido el régimen antidroga en Estados Unidos, se da cuenta fácilmente de que el proceso tiene que ser más gradual, que se empieza por autorizar a nivel de ciertos estados la legalización para fines médicos, y después se transitan algunos muy pocos estados hacia la legalización solo de la marihuana para fines recreativos. Y la cosa tiene que ir a pasos muy lentos, entre otras razones, porque nadie ha dicho que las drogas no tienen efectos negativos sobre la salud de la gente, entonces se requieren procesos de regulación, y se requieren transiciones supremamente lentas que le permitan a los Estados adaptarse, para que en ausencia de una política absolutamente prohibicionista tengan la capacidad de garantizar la salud de la gente cuando consume estas cosas. Creo que la propuesta de legalizar, y de legalizarlo todo, y de liberalizarlo todo, parte de una premisa que es una premisa equivocada, y es que legalizando el problema se va a acabar y que los efectos negativos de las drogas son el resultado, única y exclusivamente del prohibicionismo, y resulta que eso no es cierto: las drogas tienen efectos

negativos sobre la salud de la gente, y a lo igual que sucede con el alcohol y con otras sustancias que son legales, pues es preciso que los estados actúen de una forma concertada, para que esto no atente contra la salud de sus ciudadanos, y creo que en un esquema de legalización, eso no se lograría.

DEL: ¿Qué futuro le pronostica usted a este proceso?

SB: A estas alturas no puedo decir que cuando pienso en el eventual futuro del proceso de paz, pienso en ese resultado del análisis súper racional y medurado es más, pienso también con el deseo. Pero en cualquiera de los dos casos tengo la impresión de que en esta ocasión, a diferencia de las ocasiones anteriores, la guerrilla parece estar mucho más atornillada a la mesa de negociación, y parece estar mucho menos dispuesta a pagar los costos militares y los costos políticos de acabar con el proceso de paz sin que se firmen las negociaciones. Eso, me parece que nos da la garantía de que aunque va a continuar siendo un proceso difícil, es posible que llegue a su fin. En lo que sí quiero ser absolutamente clara es en que no tengo la expectativa de que el final del con-

flicto armado vaya a significar de forma alguna el final de los problemas de seguridad que adolece Colombia, porque esto es sólo una parte, y yo no diría ni siquiera que es una parte gigantesca, es una parte importante pero no es un componente completo de todo el problema de seguridad que adolece este país; vamos a quedar en una situación en la que vamos a tener que seguir haciendo uso de nuestras fuerzas militares y policiales para pelear contra un montón de amenazas ilegales que todavía tenemos pendiente de resolver, y que no se van a resolver con la firma de un acuerdo de paz con las FARC.

